

## LA ARQUITECTURA CHILENA EN LOS PROXIMOS

Humberto Eliash D.

### RECONCILIACION CON SU PROPIA HISTORIA

Para nadie es un misterio que los estudiantes de arquitectura en Chile conocen mejor a los arquitectos y sus obras de EE.UU, Europa y Japón que a los de su propio país. Ello no es solamente patrimonio de los jóvenes estudiantes. También ocurre entre los profesionales donde el desconocimiento de la historia propia suele ser superado por una ignorancia mucho más vasta. Tampoco es exclusividad de los arquitectos chilenos. Hace pocas semanas, Luis Fernández Galeano, arquitecto español, director de la revista *Arquitectura y Vivienda* de Madrid, comentaba en relación a la venta de libros en la Feria del Libro de Buenos Aires, que cuando aparece un número monográfico de A & V dedicado a un país o ciudad, es en ese país o ciudad donde se vende más ese número.

Por ejemplo, el número de Cataluña se agotó primero en Barcelona. El N° 13, dedicado a América Latina, no se vendió bien en Europa (lo cual es lógico porque hoy a los europeos no les interesa América Latina), pero tampoco se vendió bien en América. En cambio, los números dedicados a Sevilla 92 o a los Museos Europeos, se agotaron en Buenos Aires. Es curioso.

Saber de las historias ajenas más que una necesidad de cultura general, se ha convertido en una obsesión compulsiva. Basta con ver la proporción de publicaciones extranjeras y nacionales en las Bibliotecas de Arquitectura. Hasta hace poco las Facultades de Arquitectura de Chile no tenían ramos de historia de arquitectura chilena o americana. Algunas todavía no las tienen.

La confección de una arquitectura con identidad propia pasa por el camino del conocimiento de la historia local, sin por ello descuidar el conocimiento de realidades más universales.

De hecho los arquitectos que han logrado una legitimidad internacional (James Stirling, Mario Botta, Alvaro Siza, Tadao Ando, etc.), en los últimos años, lo han conseguido, sin excepción, sobre la base de un profundo reconocimiento de su cultura local o regional. Por lo demás es lo que ocurre sistemáticamente en el campo de la cultura y el arte.

La reconciliación con la historia a que me refiero, no tiene que ver con una acumulación de información sobre el pasado, sino con el conocimiento profundo de la geografía, de las costumbres, de los materiales y su comportamiento, de los episodios sociales, culturales y

técnicos de nuestra realidad y su relación con la arquitectura. Lamentablemente, muchos han entendido que la autonomía disciplinar que reclamábamos para la arquitectura hace unos años, era proclamar su independencia de dichos factores, como si pudiera hacerse una arquitectura auténtica de espaldas a ellos.

### EL REENCUENTRO ENTRE LA ETICA Y LA ESTETICA

Pocas veces se ha dado en la historia de la arquitectura una disociación tan grande y tan prolongada entre el pensamiento y la acción (como la llaman a veces) o entre teoría y práctica, o entre la ética y la estética, como la llamaré en esta reflexión. Efectivamente hoy, existe entre los arquitectos una especie de esquizofrenia que produce una completa disociación entre el **yo consciente** y el **yo inconsciente**, para decirlo en términos psicológicos. Por una parte, está el mundo de los conceptos ideales, las declaraciones en favor de la belleza, del orden, de la arquitectura humanizada, y por otro está la práctica cotidiana, envuelta de intereses que, inexorablemente, llevan a la fealdad, al caos y a una arquitectura deshumanizada.

Mientras sigue la carrera de arquitectura, el estudiante hace de la ética y la estética una unidad indisoluble que le permite evaluar el mundo con crudeza, sin matices. A medida que comienza su ejercicio profesional va frenando sus ímpetus críticos y, junto con aceptar el sistema, va disolviendo esa unidad entre sus intenciones o sus ideales, y sus posibilidades reales.

Como dice Serrat en una canción, empieza a confundir lo que está bien con lo que le conviene. Pocos son los que escapan a esta contradicción vital. La sumatoria de estas contradicciones es la que provoca la inmovilidad del sistema.

Sin embargo, y más allá de la evolución del punto de vista generacional, es necesario prestar atención a las condiciones específicas de la profesión en nuestro medio para entender esta esquizofrenia.

No es lícito aplicar la misma vara en cuanto a consecuencia pensamiento-acción en contextos con reglas del juego, configuración social y cultural completamente diferentes. Comparemos un profesional actuando en Holanda con otros actuando en Bolivia o Paraguay. El perfil del usuario, el marco institucional, la realidad económica, o la tradición cultural llevados de una situación a otra, distorsionan con absoluta seguridad este parámetro.

Esto tiene relación con la aplicación literal de teorías arquitectónicas exógenas a nuestro medio que, generalmente, han sido pensadas para un contexto con otra historia, con una dinámica de cambio infinitamente menor que en América Latina, de tal modo que no pueden compararse los resultados de su puesta en práctica.

Para el arquitecto latinoamericano que ejerce la profesión no como un sublime acto de amor al ARTE DE LA ARQUITECTURA, sino como una forma de ganarse la vida, el tema de la fidelidad a unos principios ideológicos pasa por coordenadas muy diferentes.

Pero este ganarse la vida tampoco es asumido tan simplemente, y siempre late la posibilidad de realizar una obra trascendente y original.

En modo alguno pretendo justificar aquí los mercaderes que transforman la arquitectura en artículo de consumo, sin importar ni su función social ni su contenido cultural, pero sí entender cual es el marco en el que se mueve nuestro quehacer para desde allí poder construir las categorías de análisis y evaluación.

Las presiones de los agentes inmobiliarios, la siempre escasa asignación de recursos estatales, la fluctuante situación económica y política, la inestabilidad de nuestras instituciones, la confusión de nuestros valores culturales, etc., configuran un panorama donde se hace complejo y difícil mantener en el tiempo una línea de acción coherente similar a la que puede observarse en un arquitecto de otras realidades.

### CAPACIDAD DE REELABORACION DE INFLUENCIAS

Aunque Le Corbusier, Mies Van der Rohe, Walter Gropius, S.O.M., nunca estuvieron en Chile, todos ellos tienen obras construidas en este país. Algunas de esas obras fueron construidas mientras vivían, otras son póstumas, pero todas ellas aparecen firmadas por arquitectos chilenos. Entre éstos hay quienes conocieron a los "maestros" (los menos), hay otros que visitaron sus obras y también hay quienes (los más) sólo pudieron ver sus obras en revistas.

Si uno toma la imagen formal de los edificios del siglo XX, puede concluir que prácticamente todas las tendencias y estilos internacionales desde el Art Deco al Deconstructivismo, se han dado en Chile.

# LOS DECENIOS: PROBLEMAS Y PROPUESTAS

Ello indica, por cierto, que estamos inmersos en una cultura universal y que en cualquier país integrado a ella ocurrirá lo mismo. Con dos salvedades que surgen de un análisis más profundo:

- Muchas veces llegó a Chile el "estilo" antes que su contenido. El remedio antes que la enfermedad. Eso implica que la forma llegaba como un estilo más, desprovisto de toda carga ideológica.

Hay muchos casos en que un mismo arquitecto integró un movimiento de vanguardia y posteriormente suscribió el movimiento siguiente y antagónico.

- Numerosos arquitectos de vanguardia han comenzado "copiando" edificios, con un parecido formal bastante notable con el original, pero, con bastante mala adaptación al medio local. Estos mismos arquitectos posteriormente han evolucionado haciendo edificios menos parecidos a las tendencias internacionales, pero mejor asimilados a su contexto local. Esto indicaría que no es la fidelidad con el modelo original la que asegura la calidad de una obra, sino su correcta adecuación a una circunstancia social, cultural y física.

Estas situaciones distorsionan el producto final, por más que podamos establecer filiaciones formales con determinadas escuelas o corrientes. El "racionalismo" como el "funcionalismo" o el "postmodernismo" son conceptos que se relativizan completamente al verificar su puesta en nuestra realidad.

Pese a la claridad con que veo este problema, soy bastante pesimista en su solución. De hecho es un fenómeno que se viene repitiendo desde que existe la arquitectura en este país. Sergio Larraín lo decía ya en 1937 (Zig-Zag):

**"A un período de injerto, de decoración arqueológica en la antigua casa chilena, operado por aficionados, sucedió la época en que vivimos y que podemos llamar de los arquitectos. Ya no es la ornamentación lo que se importa de Europa o USA. Es el plano, es la estructura, es el material, es la voluntad artística.**

**El edificio guarda unidad con sí mismo, su plano y su estructura se corresponden, pero no guarda unidad con nuestro suelo, ni con nuestro clima, ni con nuestro carácter. Sólo interesa estar de acuerdo con lo último que se hace de revolucionario o reaccionario de Europa, con la técnica que allí o en USA se dispone,**

**con la fórmula de los sabios, con el manifiesto de los artistas. Somos repetidores. Si nuestros antepasados imitaban los estucos, nosotros lo imitamos todo. Sólo tenemos más ciencia que ellos y eso nos hace más responsables".**

Soy pesimista porque creo que es un proceso largo de educación y concientización para poder llegar a manejar correctamente los mecanismos de "apropiación" de las culturas extranjeras. Lamentablemente nuestra historia revela persistentemente que dicho aprendizaje se realiza por medio del sistema de prueba y error.

## ARMONIZAR CANTIDAD CON CALIDAD

A partir de los años 60 la arquitectura chilena en materia de vivienda social y problemas urbanos, enfrentada a la mayor complejidad y cambios de escala de los problemas, cedió terreno a otras disciplinas como la sociología, la ingeniería, la planificación, la política, etc. Poco a poco se fue desfigurando la base disciplinaria de la Arquitectura, al punto que su acción llegó a confundirse con otras profesiones dejando vacío un campo que históricamente le perteneció. Ello condujo a la distorsión de la visión de los problemas. Los gobiernos que, desde esa época hasta ahora, han intervenido con sus políticas habitacionales, lo han hecho básicamente sobre el supuesto de que el problema de vivienda en Chile es un problema cuantitativo. Es decir, que mientras más rápido y más barato haga viviendas el Estado (dicen unos), o los particulares (dicen otros), mejor atacaremos el problema de la vivienda y la ciudad.

Por otra parte, hay una gran cantidad de arquitectos que piensa que sólo cabe hablar de ARQUITECTURA a partir de ciertos niveles económicos hacia arriba, los cuales se dan en estratos sociales altos y en temas determinados (edificios singulares). Esto genera un mundo pequeño y cerrado donde se aplica un lenguaje para iniciados, en que cabe la vanguardia y el arte, pero que deja totalmente fuera la arquitectura "cotidiana", esa que construye el tejido urbano.

Pienso que cada una de estas visiones es equivocada porque su reduccionismo desconoce la globalidad del fenómeno social y cultural. Lamentablemente nuestras ciudades son un patético reflejo de esta disociación. Por un lado la arquitectura de elite, la de la calidad, la que se presenta a las Bienales. Por el otro, la de masa, la de cantidad, la que sus autores prefieren no mostrar, ni asumir.

Un desafío que tenemos los arquitectos chilenos por delante es armonizar cantidad con calidad, con todo lo que ello implica y que está presente en la arquitectura popular tradicional: diversidad dentro de la unidad, armonía entre sensibilidad espacial y eficiencia técnica, coherencia entre tejido y monumento, entre otros. ■

